

DEPOSITO LEGAL - M. 13 - 1958

097/021/003

## SOCIEDAD Y PARTIDOS

**P**ARECE ser que la palabra que más se oye ahora en Argel, sobre todas las divisas y gritos partidistas y polémicos, es ésta: "¡Baraket!". En árabe parece que "baraket" significa algo así como "basta ya", "estamos hartos" o cosa parecida. Lo dice allí, a la puerta de su barbería o de su clínica dental, el hombre medio, que no puede ya más con que se estén resolviendo sobre su economía los pleitos verbalistas de unos cuantos señores o los intereses lejanísimos de otros.

Parciosa fórmula de hartura está en la boca de los franceses de la metrópoli; y de los italianos, donde, como en toda Europa, las noticias deportivas sepultan, en los diarios, las declaraciones de Nenni. Y está en la boca de los cubanos, que ven llegar armamento, bombas o amenazas, y tienen la sensación de que se está jugando un violento partido de pelota en el que ellos ponen, de balde, el estadio. Porque, tire el balón quien lo tire, lo único seguro es que el balón quiebra la caña de azúcar.

Esto va produciendo en el mundo una generalizada reacción de asco sobre algo que hace poco parecía un valor estabilizado de la vida pública: el partido político; sobre todo, el partidismo.

Realmente, si se pone uno a pensar un poco, se asombra de la cantidad de arbitrariedad racionalista y artificioso que hace falta para sobreponer a la vida espontánea de un país y a sus órganos naturales la malia cuadrículada, la geometría asfáltica de una organización de partidos. Estamos cayendo en la cuenta de lo rebuscado que es eso de "opinar" con jefe, centro, cuota y etiqueta. Como los niños se buscan sillas y patas de mesa para refugiarse cuando echan a andar, el pensamiento, cuando se declaró libre, sí buscó alivio de la "disciplina de partido". Dijeron "vamos a opinar juntos" para no confesarse que no opinaban de ninguna manera.

Afortunadamente esto empieza a verse claro aun en los países donde el "partido" parecía una pieza clásica y establecida de la relojería constitucional. Los traductores ingleses empiezan a reconocer que sus partidos han vivido o tenido eficacia en la misma medida en que tenían contenido orgánico y corporativo. El partido liberal agrupaba a los comerciantes y partidarios del libre cambio y era como una gran Cámara de Comercio. El conservador era como una gran Cámara de la Propiedad que reclutaba a los terratenientes y propietarios en general. Y cuando surgió en la sociedad una nueva fuerza con vida auténtica, que eran los obreros, apareció esa especie de gran Sindicato que era el partido laborista. Todavía cuando los problemas se han multiplicado y matizado, las fronteras de todos estos colores artificiosos han resultado permea-

bles para sus afiliados, que son autorizados para traspasarlas y agruparse en torno a los problemas que les interesan como hombres de concreta profesión o intereses, no como "hombres de partido". Así, en torno a una cuestión de seguro de enfermedad, los médicos forman grupos opinantes o defensivos que tienen tanta sustancia corporativa como sus propios colegas; y que responden a lo que la doctrina clásica llama "partidos ocasionales". Expresiones de la realidad corporativa y social que corrige el mapa sinóptico y artificioso de los partidos.

Cada vez más, la ciencia política se desentende de esas fichas artificiosas del juego político: con valor instrumental y electoral, pero sin realismo ninguno. Es casi cómico que en una época que se ha creído practicista haya sido esa abstracción convencional la pieza básica de la política. La prueba está en que cuando predominó en la filosofía el auténtico "positivismo" de Augusto Comte, produjo, en política, verdaderas consecuencias de tipo tradicionalista de hombres que, como Renan o Barrés, precisamente por positivistas, se apoyaban en las realidades tradicionales de la vida y la sociedad tal como ella es.

Así resulta que una edad como nuestro Siglo de Oro, tan influida de Metafísica, fue más realista y concreta en su manejo político que ésta se dice regida por la Física. Leía recientemente el delicioso libro de don Carlos Poyuelo sobre la venida de Carlos de Inglaterra a Madrid a cortejar a la infanta María de Austria. Se lee como una novela. Pero es que los hechos sucedieron así: en su desnuda realidad humana. Ahí se ve, dentro del absolutismo, la sociedad bullendo y actuando con mucha más auténtica presencia que en un régimen de partidos políticos. Hierven las opiniones, reveladas en los grupos de presión de los "partidos ocasionales": el de Olivares, el de Gondomar, los teólogos. Tanto el Rey

de España como el de Inglaterra están inquietamente atentos a la opinión pública. Todo aquello es orgánicamente de-

fectuoso, pues estamos en pleno siglo absolutista y maquiavélico y las Cortes están decaídas. Pero si las Cortes se hubieran reunido, difícilmente hubieran expresado otras opiniones que éstas que tan vivamente expresó la sociedad por sí misma, puesto que no había en ellas "partidos" preconcebidos y disciplinas abstractas para la deformación de la realidad.

El "partido", como previa opinión reclutada y disciplinada, llevó en sí una semilla revolucionaria: porque revolución es siempre el servicio de una idea antecedente, despegada de las exigencias y posibilidades de la vida. Hay instantes en que precisamente porque se sirve una situación de emergencia, actúa un "partido único" como un cuerpo de mantenedores del entusiasmo. Entonces el partido es la escolta de una personalidad fuerte a la que difícilmente la sobrevive. Fuera de esa excepción, la idea de "partido único" es incluso gramaticalmente incorrecta, porque no se comprende cómo lo único pueda partirse. Por eso, en la tesis tradicional, y así lo profesó siempre la Comunión Tradicionalista, el partido incluye en su programa su autodisolución al acabar la lucha e instalarse en una normalidad orgánica. Entonces el partido ha de ceder a las realidades sociales actuales, porque si no se convertirá, por inercia, en casta, reparto de privilegios, selección de ciudadanos, duplicidad de organismos y presupuestos, parcialidad inevitable de óptica política. Vázquez de Mella solía decir: "Todos los partidos me molestan; y el mío, más que ninguno".

Por eso casi todas las grandes mentalidades políticas de tipo tradicional han rebotado sus partidos y tienen una historia desasosegada como hombres de disciplina. Mella quedó fuera de la ortodoxia carlista. Menéndez Pelayo emergió por la Unión Católica al canovismo. Balmes se evadió de los apriscos donde se le quiso encerrar, y lo mismo Donoso. Al propio José Antonio Primo de Rivera, por el empeño de concebirlo como "hombre de partido", le perjudicaron, a veces, su verdadera instalación en la nómina gloriosa de los grandes pensadores políticos de España: en la línea de esos nombres citados antes.

Al acercarse la maduración institucional de España debe el ánimo limpiarse de toda ofuscación partidista que sobreponga al realismo social el artificio político. Un partido con auténtica sustancia tradicional sólo puede servir para partear una sociedad con auténtica salud orgánica y creadora...

José María PEMAN  
de la Real Academia Española

*Desarrollo  
Político  
(Asociaciones)*